

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO  
POPULAR, **PABLO CASADO**, EN LA XVI  
EDICIÓN DEL CURSO DE VERANO DE FAES

Madrid, 1 de julio de 2019

**(Sólo serán válidas las palabras pronunciadas)**



## ESPAÑA EN EL LABERINTO SOCIALISTA

Inauguración Campus FAES  
San Lorenzo del Escorial, 01.07.19

OFICINA DE INFORMACIÓN

Si tuviera que poner un título a esta intervención bien podría ser “España en el laberinto socialista”. Porque la situación en la que se encuentra actualmente el socialismo, en la que aparecen claramente los límites, los riesgos y los costes de sus decisiones estratégicas, es mala para todos, pero lo es especialmente para el Partido Socialista. Un laberinto que se resume en el hecho de no poder hacer, o no saber cómo hacer lo que España necesita. Y no hablo solo de Pedro Sánchez, hablo del socialismo, hablo del Partido Socialista.

Pedro Sánchez intenta hacernos creer que ni su partido ni él personalmente tienen responsabilidad alguna en el bloqueo institucional en el que nos encontramos. Intenta hacernos creer que él es una víctima de la situación. Pero eso no es cierto. Ellos son los principales responsables de haber creado el laberinto en el que estamos atrapados y hacia cuya salida no son capaces de guiarnos.

Permítanme recordar cómo hemos llegado hasta aquí, porque me parece que mientras no hagamos este análisis de transparencia no podremos encontrar ninguna salida.

En la década pasada el Partido Socialista hizo lo que hasta entonces no había pretendido hacer ni el nacionalismo de Pujol, que fue hacer un nuevo Estatuto de Cataluña. Insisto: antes de Maragall y Zapatero, y con ellos todo el PSOE, nadie en Cataluña propugnaba ni siquiera la modificación del Estatut de 1980.

Ellos lo hicieron, los socialistas. Ellos hicieron un Estatut que trataba a Cataluña como una nación, camino de ser un Estado, y a España como concepto discutido y discutible y, como poco, una nación de naciones.

Solo nos opusimos nosotros, el Partido Popular. Dijimos que, además de ser perjudicial, era inconstitucional. Lo llevamos al Tribunal Constitucional y nos dio la razón.

La reacción del Partido Socialista no fue pedir perdón, que es lo que debería haber hecho. No fue rectificar. Fue convocar a los catalanes a la calle, en lo que fue la primera de las manifestaciones contra la aplicación de la Constitución, que luego hemos visto desgraciadamente repetidas y multiplicadas.

Del Tribunal Constitucional se decía 1.) que había actuado con desconocimiento; 2.) que ofendía a Cataluña; 3.) que la indignación contra él era lógica y estaba justificada; 4.) que había sido objeto de la manipulación del Partido Popular, y por tanto que se había dejado manipular;



5.) que había actuado con deliberada dilación; 6.) que manejaba argumentos preconstitucionales, y 7.) que su sentencia era larga y de mala calidad. Y no soy exhaustivo.

La conclusión de todo ello era la siguiente: “el problema sigue estando en la resistencia del Partido Popular a reconocer la diversidad de España”.

Es decir, el problema no era que el PSOE hubiera promovido un Estatuto claramente inconstitucional, sino que ese hecho hubiera dado lugar a una sentencia que así lo establecía.

La verdad es que el PP nunca ha tenido problema alguno en reconocer la diversidad de España, a condición de que con ello no se quiera decir que España, en realidad, no existe. Desde luego, nunca ha tenido problema para reconocer la diversidad de la sociedad catalana.

Más bien lo que parece es que el socialismo ha tenido desde hace años un grave problema para reconocer la diversidad política de España, particularmente la que se expresa votando al Partido Popular.

El Estatut promovido por el Partido Socialista para producir una mutación constitucional por la puerta de atrás que salvara la oposición del PP a aceptar la reforma que se pretendía. Reforma que implicaba no cambiar “la” Constitución sino cambiar “de” Constitución por cambiar de sujeto de soberanía y de sujeto constituyente.

Se pretendía elevar a poder constituyente el Parlamento de Cataluña y limitar las funciones del Tribunal Constitucional por la vía de los hechos. Y eso sigue estando presente en documentos como la Declaración de Granada, la declaración suscrita en 2013 por los líderes socialistas bajo el título “Un nuevo pacto territorial para una sociedad plural”, que el PSOE seguía invocando en su programa electoral de estas últimas elecciones.

Y se pretendía eso para producir un efecto político concreto: deslegitimar al Partido Popular y el sistema del que forma parte lealmente. Y eso para obtener votos radicales y antisistema que permitieran al Partido Socialista derrotar a la sólida mayoría constitucionalista y moderada que el PP había forjado en los años anteriores: el triste cordón sanitario que tejieron contra el PP.

Ese es el inicio del laberinto: el momento en el que el PSOE se planteó elegir entre ser oposición dentro del sistema o romper con él para poder ser Gobierno. Y eligió lo segundo, que implicaba necesariamente romper con el PP, como leal defensor del sistema.

Y comenzaron las excusas. Se pretendió justificar la deriva rupturista del PSOE y se afeaba al Tribunal Constitucional que hubiera defendido la Constitución en lugar de aceptar que ésta era solo un punto de partida. Un punto de partida que ahora debía ser superado para avanzar hacia una federación asimétrica que, según se decía, estaba “inserta” en el propio texto Constitucional.

Las tareas que se fijaban para el PSOE eran, por una parte, “recuperar” la plena validez de lo que el Tribunal había declarado inválido, y, por otra, difundir la idea de que la Constitución no era un compromiso jurídico estable sino una especie de gran disposición transitoria que había que superar para asegurar la convivencia “con” (no “en”) Cataluña.

Ahora bien, me parece evidente que esa es una versión inaceptable de las cosas. El PP no bloqueaba ningún proceso de evolución natural de la Constitución, el PP -y la gran mayoría de los españoles- simplemente no estaba de acuerdo con lo que quería hacer el PSOE, que implicaba la ruptura del principio de igualdad y de la soberanía nacional.

El PSOE no tenía mayoría para hacer lo que pretendía y ante ese hecho decidió saltar por encima del procedimiento de reforma previsto en la propia Constitución.

Quiero hacer ahora una pregunta: ¿No es este exactamente el modelo y el razonamiento que adoptaron luego los golpistas en Cataluña? ¿No es eso lo que hizo el secesionismo al afirmar que tenía un derecho que no tenía, y que el PP y el Gobierno carecían del derecho que sí tenían?

La culpabilización descarnada que se hace del Partido Popular no es sino un paso más en el proceso de deslegitimación política que el socialismo ha abierto contra el centro-derecha desde hace años. Se ha puesto en marcha un principio que nos ha acompañado hasta hoy: el diálogo es el premio que el socialismo reserva para los que rompen el sistema, porque para ello es un derecho.

Y de ahí la exigencia nacionalista y la predisposición socialista a los indultos, que no serían la consecuencia de una gracia sino el reconocimiento de la ilegitimidad del proceso judicial mismo.

De esta manera tan destructiva de tantas cosas importantes, para buscar el voto radical que completara su mayoría, el PSOE rompió abiertamente con su propia historia y falsificó la de todos.

Rompió el consenso constitucional en el eje territorial, alimentando y exacerbando las dinámicas disolventes y centrífugas y el desgobierno. Y falsificó la suya, al olvidar su participación decisiva en un consenso transparente y ejemplar que hizo posible la democracia. De ahí su revisionismo histórico empezado por Zapatero y continuado por Sánchez.

Obviamente, su argumento era otro, un argumento que sin duda nos suena a todos: como ahora, el PSOE sufría por una parte el inmovilismo del Partido Popular y por otra el radicalismo nacionalista y de la izquierda dura. Una vez más, el socialismo como supuesta víctima.

El laberinto actual expresa el éxito relativo de la deriva socialista, que ha convertido la política española en un caos sin aparente salida. No ha podido llevar al PP a la irrelevancia, pero lo ha dañado. Y no ha podido completar las mayorías que pretende a un coste razonable, pero ha logrado algunos objetivos parciales por el camino.

Además, a esta fractura territorial hay que sumar la probada incapacidad socialista en la gestión económica, que al coincidir con una crisis sin precedente redujo a la mitad al centro-izquierda y desplazó el eje del sistema hacia el populismo y la antipolítica.

Ahora bien, si se sustituye al PP por el nacionalismo y el radicalismo como socios constituyentes y si se pone en marcha una feroz campaña de deslegitimación del centro-derecha no por lo que hace, con sus aciertos y sus errores, sino por lo que es, entonces el resultado no puede ser otro que la desestabilización y la fractura social y política.

Se ha querido que fuera así, pero ahora no se quieren las consecuencias. No solo eso, sino que se nos pide a quienes hemos sufrido ese acoso que nos hagamos cargo de sus consecuencias a cambio de nada, simplemente apelando a nuestra responsabilidad, lo cual es cuanto menos paradójico.

No tengo duda de que al margen de lo superficial, los procesos de fondo que han debilitado nuestras instituciones, incluidos los partidos, han sido promovidos fundamentalmente por el Partido Socialista. Y los que no son de su directa responsabilidad han progresado gracias a su irresponsabilidad.

El Partido Popular ha cometido errores, sin duda. Pero nunca ha actuado deliberadamente para apartar del juego político al Partido Socialista. Jamás. Y jamás lo hará. Pero una cosa es no querer apartar del juego al socialismo y otra aceptar el cambio de reglas del juego que el socialismo quiere imponer.

Lo que Pedro Sánchez tiene que gestionar hoy son las consecuencias de los actos del socialismo: sus propios actos. Y eso en sí mismo no tiene por qué ser un laberinto sin salida.

El problema aparece cuando se rechaza la única salida posible, cuando se rechaza la responsabilidad y por tanto se rechaza también cualquier rectificación que explicita como error catastrófico la pretensión de excluir al PP y de colocar a los nacionalistas y a los radicales como socios.

Contra lo que algunos medios han querido creer, a la hora de la verdad nunca se ha verificado en los últimos quince años la existencia de un socialismo “bueno” frente a un socialismo “malo”.

La hora de la verdad fue la hora del Estatut. La hora de la verdad fue la hora de la crisis. La hora de la verdad fue el golpe contra la libertad en Cataluña. Y la hora de la verdad es hoy

Navarra. Y en todas estas horas de la verdad y en otras muchas que se podrían mencionar, el socialismo ha actuado de una sola pieza, sin fisuras reseñables ni duraderas. Todo el socialismo decidió y secundó la ruptura y la deslegitimación del Partido Popular, y todo él se ha sentido cómodo con esa posición.

Incluso la abstención que permitió la investidura de Mariano Rajoy mostró de inmediato dónde estaba realmente el alma orgánica e institucional del socialismo, que rápidamente se puso manos a la obra de una moción de censura injustificada, apoyada en una falsedad y en una alianza negativa más, como todas las que el socialismo ha forjado desde que decidió romper con el Partido Popular.

Por tanto, no estamos ante un reparto más o menos caprichoso de escaños que dificulta un acuerdo de investidura. No es solo eso. Estamos ante las consecuencias de una operación política de fondo en la que el socialismo se embarcó hace quince años.

Por eso, a mi juicio, hablar en serio de alianzas alternativas a las de la moción de censura implica necesariamente hablar de una rectificación de rumbo histórico que ponga fin a lo que ha significado el socialismo para España a lo largo de todo lo que llevamos de siglo. Un gran partido que ha elegido un mal camino. Es hablar de una revisión crítica y sincera de una opción estratégica que se eligió y que se ha sostenido conscientemente a pesar de la evidencia de su impacto sobre el conjunto del sistema político.

Y quiero añadir algo más que podría sorprender a algunos. La capacidad de recuperación del PSOE como pilar izquierdo de un bipartidismo renovado y provechoso para España ha alcanzado ya su límite si se sigue alimentando la radicalidad y el rupturismo. En ese caso, esa recuperación no podrá ir a más.

Sé muy bien que mi posición y la de mi partido hoy, medida en escaños del 28 de abril, es más débil que la del PSOE. Pero también sé que la posibilidad de restaurar el pilar derecho del bipartidismo es hoy estructuralmente más clara y encara dificultades menores de las que se dan al otro lado del hemiciclo.

Esto no significa que la tarea que debo liderar vaya a ser fácil ni rápida, pero sí significa que carece de impedimentos estructurales insalvables. Es razonable que pueda llegar a salir bien, como sucedió hace treinta años. No lo creo así en el pilar izquierdo si nada cambia.

El PSOE ha creado la situación en la que estamos. Decidió volcar la política española hacia el extremo izquierdo, haciendo protagonistas decisivos a quienes antes no lo eran o lo eran secundariamente y en una versión mucho más templada que la actual. Esto comenzó en 2003 y se impulsó desde el gobierno a partir de 2004. Y ahora tiene que rectificar.

Siempre estaré dispuesto a ayudar en esa tarea de fondo, que es la que verdaderamente importa. Pero no cooperaré ni activa ni pasivamente para que el PSOE siga igual.

Creo que mi tarea y la de mi partido es muy clara: reconstruir el pilar derecho de nuestro sistema. Y señalar el camino para la reconstrucción del pilar izquierdo, animando a que se haga.

Es lo que estoy haciendo y es lo que siempre haré.

Muchas gracias.

